

## CAPÍTULO 1

Soy un gato, aunque todavía no tengo nombre. No sé dónde nació. Lo primero que recuerdo es que estaba en un lugar umbrío y húmedo, donde me pasaba el día maullando sin parar. Fue en ese oscuro lugar donde por primera vez tuve ocasión de poner mis ojos sobre un espécimen de la raza humana. Según pude saber más tarde, se trataba de un ejemplar de lo más perverso, un *shoshei*, uno de esos estudiantes que suelen realizar pequeñas tareas en las casas a cambio de comida y de alojamiento. En algún sitio he escuchado incluso que, en ocasiones, esos crueles individuos nos dan caza y nos guisan, y luego se nos zampan. Aunque he de decir que, debido quizás a mi ignorancia y a mi poca edad, no sentí nada de miedo cuando lo vi. Simplemente noté que el *shoshei* en cuestión me levantaba por los aires en la palma de su mano, y que yo me sentía flotar. Una vez me acostumbre a esta novedosa perspectiva, tuve ocasión de estudiar tranquilamente su rostro. El sentimiento de extrañeza todavía permanece en mí hoy en día. En primer lugar hablaré de su cara: por lo que yo sabía, las caras de todo

bicho viviente suelen estar cubiertas de pelo. Sin embargo, la suya estaba lisa y pulida como la superficie de una tetera. He conocido a lo largo de mi vida a muchos gatos, de orígenes diferentes, pero ninguno tenía una deformidad como la de ese tipo. Pero no sólo era eso. Había más. El centro de su rostro estaba ocupado por una enorme protuberancia, con dos agujeros en medio por los que, de vez en cuando, emanaban pequeños penachos de humo; algo que consideré ciertamente sofocante y fastidioso. Durante un rato me sentí enfermar por causa de esas asfixiantes exhalaciones. Ha sido sólo recientemente cuando he aprendido que aquel humo era producido por el tabaco, una cosa que, por lo visto, a los humanos les pirra.

Durante un rato estuve bastante cómodo, allí en su mano. Hasta que, de pronto, las cosas empezaron a desarrollarse a una velocidad de vértigo. No sabría decir si era el *shoshei* quien se movía o si era yo, pero, en cualquier caso, noté que empezaba a marearme sin remedio y que el estómago se me revolvió. Estaba ya convencido de que mis días habían llegado a su fin y que el mareo me mataría sin remisión, cuando, de repente, ¡plaf!, sentí un fuerte golpe y mi visión se nubló con miles de estrellas. Mi discernimiento, claro hasta ese momento, se nubló. A partir de ahí, por muchos esfuerzos que haga, no me acuerdo de nada.

Al volver en mí, el *shoshei* había desaparecido; tampoco había ni rastro de ninguno de mis numerosos hermanos. Ni de mi madre, que hasta entonces había sido la persona más importante de mi vida. Cuando me desperté del todo, descubrí que estaba en un sitio aterrador. Comparado con mi antigua madriguera, aquel lugar estaba excesivamente iluminado. De hecho era tan cegador que los ojos me dolían, hasta el punto de que apenas podía mantenerlos abiertos. ¿Qué me estaba sucediendo? Comencé a arrastrarme como pude, intentando salir de allí, pero la experiencia fue de lo más dolorosa. Al

parecer, me habían sacado súbitamente de la cómoda y caliente cama de paja que compartía con mis hermanos para arrojarme de modo inmisericorde a un pinchoso matojo de bambúes.

Después de muchos esfuerzos, me las arreglé para salir gateando de aquel matorral. Un poco más allá de donde yo estaba, pude divisar un estanque. Me senté al borde del agua, realmente desconsolado. Después de un rato de darle vueltas pensé que, quizás, si empezaba a maullar, el *shoshei* volvería a rescatarme. Pero por mucho que maullaba, nadie venía a en mi ayuda. Pronto empezó a soplar un vientecillo suave, y el cielo comenzó a oscurecerse. Tenía hambre. Por mucho que quisiera seguir maullando, estaba tan débil que la voz no me salía del cuerpo. Decidí que allí estaba perdiendo el tiempo, y que lo que debía hacer era procurarme algo de comida. Comencé a rodear lentamente el estanque, entre grandes dolores y sufrimientos. Tras caminar un rato llegué junto a una valla de bambú. Aquel lugar olía a humano. Tras dar un par de vueltas a la valla, encontré un estrecho agujero por el que me escurrí. Algo me decía que si entraba en aquella propiedad mi vida mejoraría. Ciertamente, el destino me había sonreído: si la valla no hubiera estado rota, podría haberme muerto de hambre y de frío allí mismo, a pocos metros de mi salvación. Descubro ahora lo ajustado que es ese adagio que asegura que lo que tiene que ser será. Hasta hoy, no hay día en que no me escurra por ese agujero para hacerle una visita a mi vecino Mike, el gato tricolor.

Ahora bien, una vez me colé a hurtadillas en la casa, no supe exactamente qué hacer a continuación. Pronto oscureció del todo. Y yo estaba allí, cada vez más hambriento y muerto de frío. Por si fuera poco, comenzó a llover a cántaros. Tenía que decidirme, no podía perder más tiempo. No tenía más alternativa que intentar refugiarme en un lugar más luminoso y

cálido. Entonces no lo sabía, pero de hecho ya estaba dentro de la casa, lo cual me brindaba una ocasión inmejorable de observar en su hábitat natural a otros especímenes de la raza humana aparte del *shoshei*. Así fue como conocí a Osan, la criada. Las criadas, como pronto pude comprobar, constituyen una especie aún más violenta que los mismos *shoshei*. Tan pronto como me puso los ojos encima me agarró del pescuezo y me lanzó volando por la ventana. Una vez en el jardín de nuevo, decidí aceptar la situación con estoicismo y me encomendé a la providencia. Cerré muy fuerte los ojos, a la espera de que la noche pasase y la lluvia escampase. Pero el hambre y el frío me superaban. Decidí esperar al momento en que la criada bajase la guardia, para así aprovechar y colarme de nuevo en la cocina. Sin embargo, cada vez que lo intentaba, ella me volvía a coger del pescuezo y me lanzaba fuera de muy malos modos. Puede que el proceso se repitiera cuatro o cinco veces. Ahora que lo pienso, creo que fue entonces cuando comencé a cogerle manía a esta Osan. He de decir, no obstante, que hace unos días pude al fin desquitarme del agravio y ajustar cuentas con ella, cuando le robé la caballa de la cena. En esas estaba, a punto de ser defenestrado por sexta o séptima vez, cuando por la puerta apareció el que debía de ser el señor de la casa. Empezó a discutir con la criada por el ruido que estábamos montando. Osan me levantó del suelo, me plantó justo frente a las narices del recién llegado y exclamó:

—¡Este gato es un auténtico fastidio! Tan pronto como lo echo a la calle, vuelve a colárseme aquí. Y lo peor es que no me deja en paz con sus maullidos.

El señor, entonces, me escrutó brevemente mientras se retorció con fruición unos pelillos negros que le salían por sus orificios nasales.

—¡Hum...! En ese caso, dejémosle que se quede —dijo.

Entonces dio media vuelta y se marchó de la cocina. Vaya,

aquel caballero parecía un tipo de pocas palabras. La criada, rabiosa, me arrojó de nuevo por los aires hasta que aterricé en el suelo de la cocina. Fue así como hice de esta casa mi guarida.

El señor rara vez se encuentra cara a cara conmigo. He oído por ahí que es maestro. Tan pronto como vuelve a casa de la escuela cada tarde, tiene por costumbre encerrarse en su estudio y no salir de allí durante el resto del día. Todo el mundo en la casa cree que es una persona muy trabajadora. Él mismo finge ser el colmo de la laboriosidad. Pero en realidad no trabaja tanto como los demás piensan. A veces me acerco de puntillas a su despacho para echar un vistazo y casi siempre le pillo durmiendo la siesta. En ocasiones babea encima de algún libro que ha empezado a leer, y que tiene abierto encima de la mesa. Tiene el estómago débil y digestiones difíciles. Su piel es de un color pálido amarillento, sin lustre y carente de vitalidad. No obstante, es un gran glotón. Después de ponerse las botas se toma una dosis de bicarbonato y abre un libro. Cuando ha leído dos o tres páginas le entra un sueño terrible y se queda dormido encima del libro abierto, babeando. En eso consiste su rutina de todas las tardes. Hay ocasiones en las que incluso yo, que soy un simple gato, pienso: «Vaya, pues sí que viven bien los maestros. Si fuera humano me gustaría ser como él, maestro de escuela. Uno puede dormirse cuando quiere y, aun así, siguen considerándote un buen maestro. Así que no le veo yo el problema a ser maestro y gato a la vez». Sin embargo, según el amo, no hay cosa más dura en el mundo que ser maestro. De hecho, cada vez que recibe una visita de sus amigos, no para de quejarse amargamente de esa circunstancia.

En mis primeros días en la casa, creo que no le caía bien a nadie. Excepto al amo, claro está. Allí donde iba no era bienvenido. Nadie quería saber nada de mí. De hecho, hasta hoy ni siquiera se han dignado a ponerme un nombre. Resignado, intentaba pasar todo el tiempo que podía con el amo. Él fue

la persona que me acogió. Por las mañanas, mientras él leía el periódico, yo saltaba sobre sus rodillas y me hacía un ovillo. Durante la siesta vespertina me sentaba sobre su espalda, no porque sintiera un cariño especial por él, sino porque no me quedaba otra alternativa. Además, tras hacer varios experimentos, decidí que lo mejor sería dormir también por las mañanas encima del recipiente para cocer arroz, por la tarde a los pies del brasero, y fuera, cuando hace buen tiempo, en la galería. Pero lo que más me gustaba era deslizarme entre las sábanas de la cama de las niñas y acurrucarme junto a ellas. El maestro tiene dos niñas; una tiene cinco años y la otra tres. Tienen su propia habitación y comparten cama. Siempre dejan algo de espacio entre sus pequeños cuerpecitos, así que suelo arreglármelas bastante bien para colarme entre ellas con gran sigilo. Aunque si, por desgracia, alguna se despierta en plena noche, entonces empiezan los problemas. Se me ha olvidado decir que ambas son un poquito antipáticas, especialmente la pequeña. En cuanto se les da ocasión, se ponen a chillar sin importarles la hora:

—¡El gato, que ha venido el gato!

Entonces, invariablemente, el dispéptico de la habitación de al lado se despierta y viene a toda prisa, arrastrando los pies y rezongando. A consecuencia de esos incidentes nocturnos, el amo suele ponerse de bastante mal humor, y creo que nuestra relación se resiente cada vez que lo hago venir a reprenderme en plena madrugada. El otro día, sin ir más lejos, me dio unos azotes en el trasero con su regla reglamentaria de madera.

Viviendo como vivo entre humanos, he de decir que cuanto más los observo más obligado me siento a constatar su egoísmo. Eso es cierto especialmente en lo que se refiere a esas niñas maléficas con las que duermo. Cuando se les antoja, me ponen cabeza abajo, me tapan la cara con una bolsa de papel, me lanzan por ahí y a veces hasta me encierran en el fogón de la

cocina. Pero, como sea a mí a quien se le ocurra hacer una travesura, por pequeña que ésta sea, no duden que la casa entera se unirá para perseguirme por todas partes hasta darme caza. El otro día, sin ir más lejos, estaba yo afilándome tranquilamente las uñas en el *tatami*\* del cuarto de invitados. Entonces entró la señora, y cuando vio lo que estaba haciendo empezó a dar gritos. Estaba tan indignada que creo que mientras siga viva ya no me dejará volver a entrar jamás en la habitación. Aunque me viera tiritando en el suelo de madera de la cocina, ella indiferente. La señorita Shirokun, la gata blanca que vive enfrente y a quien tanto admiro e idolatro, suele decirme cada vez que nos vemos que no hay criatura viviente tan despiadada como el ser humano. El otro día, sin ir más lejos, dio a luz a cuatro preciosos gatitos. Pero no habían pasado ni tres días cuando el *shoshei* de su casa los agarró a todos y los tiró al estanque que había al lado de su casa. Shirokun me narró toda la escena entre lágrimas, y me aseguró que si queríamos aspirar a disfrutar de algo de vida familiar, era imprescindible que nosotros, los felinos, entabláramos una guerra total y sin cuartel contra los humanos. Nuestra única alternativa era exterminarlos, acabar con ellos y con su raza entera, así de sencillo. Me pareció una propuesta bastante razonable, a la luz de los acontecimientos. Por su parte, Mike, el gato tricolor que vive en la casa de al lado, también está bastante indignado con los humanos, aunque por motivos diferentes a Shirokun. Según él, los humanos vulneran constantemente nuestros derechos de propiedad. Hay que decir que entre los de nuestra especie se da por sentado que el primero que halla algo abandonado, ya sea la cabeza seca de una sardina o las tripas de un mújol, ad-

\*. Un *tatami* es una estera rígida de un metro ochenta por noventa centímetros, hecha de paja de arroz, que conforma el piso habitual de una habitación tradicional de estilo japonés. (*Todas las notas son de los traductores.*)

quiere de inmediato el derecho a zampárselo. Cuando alguno de nosotros hace caso omiso de esa regla y se apropia de lo que no es suyo, entonces es incluso lícito recurrir a la violencia. Sin embargo, éste es un concepto que se les escapa a los humanos. De hecho, tengo comprobado que cada vez que encontramos algo bueno que llevarnos a la boca, invariablemente viene un humano y nos saquea. Confiados en su fuerza bruta, los humanos nos roban sin ningún tipo de pudor las cosas de comer que por derecho nos pertenecen. Shirokun vive en casa de un militar, y Mike en la de un abogado. Pero yo, como vivo en la de un maestro, no me tomo estas cosas tan en serio como ellos. Yo me conformo con vivir el día a día. Cuantos menos sobresaltos, mejor. Pero les juro que los humanos no se saldrán con la suya eternamente. Tenemos que ser pacientes. Llegará un día, y espero que no tarde mucho, en que los gatos dominaremos el mundo.

Y ahora que hablamos de lo egoísta que es la gente, déjenme que les cuente algo que le ocurrió a mi amo. Esta anécdota servirá para demostrar que ni él está libre de ese horrible defecto, por lo demás tan humano. Pero antes permítanme indicarles un hecho que creo que aclarará bastante la situación. Hay que decir que mi amo carece totalmente de talento para superar el aprobado raspado en cualquier actividad que emprenda. A pesar de todo, no puede abstenerse de intentar que las cosas le salgan, sea cual sea el precio que tenga que pagar por ello. De vez en cuando escribe *haikus*\* de lo más arcaicos y los envía a la revista *Hototoguisu*\*\* también escribe poesías en estilo moder-

\*. El *haiku* consiste en un poema breve de tres versos de cinco, siete y cinco sílabas respectivamente. Es una de las formas más extendidas de poesía tradicional japonesa.

\*\* *Hototogisu* (que en japonés significa «cuclillo») fue una revista literaria creada por el poeta Masaoka Shiki. Sōseki empezó a publicar, como un relato corto, *Soy un gato* en esta revista, en 1905.



no y se las manda a *Myōjō*;\* hace poco puso punto final a una especie de bodrio literario en prosa, escrito en un inglés macarrónico y salpicado de errores garrafales; es conocida su pasión por el tiro con arco; toma lecciones de canto para representar teatro Nō.\*\* Y, en ocasiones, afortunadamente no muchas, se consagra a arrancarle estridentes chirridos a su violín. Siento mucho decir que de ninguna de estas actividades ha conseguido sacar nada en claro. Pero, a pesar de ser dispéptico y estar siempre de mal humor, se entusiasma enormemente cada vez que se embarca en un nuevo proyecto. En una ocasión los vecinos, hartos de sus estentóreos cánticos en el baño, le pusieron el mote de «El Maestro del Retrete». Pero eso a él le trae sin cuidado. De vez en cuando se le puede escuchar por ahí cantando viejas tonadas pasadas de moda, como «Soy Taira no Munemori».<sup>†</sup> Los vecinos, cuando se cruzan con él por la calle, se parten de risa y comentan entre ellos: «Mira, por ahí va Munemori».

Recuerdo que un buen día, aproximadamente un mes después de que yo llegara a casa, el señor entró muy nervioso con un gran paquete bajo el brazo. Yo estaba intrigadísimo por saber qué habría comprado, y rezaba para que fuese un regalo

\*. *Myōjō* (*Estrella de la mañana*), fue una conocida revista literaria japonesa especializada en poesía.

\*\*.

El Nō es el género teatral japonés por excelencia. Sus orígenes se remontan al siglo XIV. La música tiene una importancia esencial en el desarrollo de las piezas, la mayoría de tema histórico. Cada representación de teatro Nō dura una jornada entera, y consiste en cinco obras entre las que se intercalan breves piezas humorísticas. Los actores son siempre hombres, frecuentemente tocados con máscaras, que representan personajes de ambos sexos.

†. Taira no Munemori es uno de los personajes de *Yuya*, una obra de teatro Nō debida a Zeami, uno de los más importantes autores de este género. Históricamente, Taira no Munemori (1147–1185) fue uno de los comandantes en jefe del clan Taira en su enfrentamiento contra el clan Minamoto, en lo que se conoce como las guerras Genpei.

para mí. Pero resultó que lo que traía era una simple caja de acuarelas, un par de pinceles y unas cuantas láminas de un papel especial llamado «*Whatman*», o al menos eso me pareció entenderle. Me dio la impresión de que por fin abandonaría la escritura de *haikus* y los cánticos medievales, y se dedicaría a algo serio: la pintura a la acuarela. En efecto, a partir de ese día, y a lo largo de todos los siguientes sin faltar ni uno en un largo periodo de tiempo, no hizo otra cosa sino encerrarse en su estudio y pintar. Tan entregado estaba a su nueva afición que incluso abandonó su inveterada costumbre de echarse la siesta al mediodía. Sin embargo, una vez daba por concluidas sus obras, a la vista del resultado final, nadie podía decir qué narices era lo que se había propuesto pintar. Aquello no había quien lo entendiera. Probablemente ni él mismo lo sabía. Un día vino a visitarle un amigo suyo, que se decía especialista en Bellas Artes.

—¿Sabes?, pintar es bastante difícil. Cuando lo ves desde fuera parece sencillo. Pero basta que agarres tú mismo los pinceles para darte cuenta de lo complicado que resulta pintar un cuadro —le confesó el maestro. Y a fe que a mi amo no le faltaba razón.

Su amigo, mirando al amo por encima sus gafas de montura dorada, respondió:

—Es natural que te cueste pintar bien, especialmente al principio. Además, es imposible pintar un cuadro sin tener un modelo, sólo con la fuerza de la imaginación. El maestro italiano Andrea del Sarto insistía en que para pintar un cuadro, lo primero que había que hacer era intentar plasmar la naturaleza tal como es. El cielo está plagado de estrellas. En la tierra brilla el rocío mañanero. Los pájaros surcan los cielos. Los animales corretean por las vaguadas. En los lagos nadan los peces de colores. Si uno mira un viejo árbol en invierno, sobre sus ramas verá posados a los cuervos. La naturaleza, amigo mío, es por sí

misma un enorme cuadro viviente. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Si quieres pintar un cuadro decente, ¿por qué no intentas primero hacer algún boceto?

—¡Oh, vaya! ¿Así que Andrea del Sarto, el gran maestro italiano, dijo eso? No tenía ni idea. Ahora que lo pienso, no le faltaba razón. De hecho, creo que ha dado en el clavo...

El maestro ponía cara de estar muy impresionado. Tras las gafas doradas de Meitei se adivinaba una risita burlona.

Al día siguiente, estaba yo, como de costumbre, echándome una siestecita de lo más agradable en la galería, cuando de repente vi cómo el señor salía disparado de su estudio en dirección a donde yo estaba. Me extrañó verlo tan excitado. Algo venía trajinando. Abrí un ojo somnoliento y me pregunté qué diablos estaría haciendo, y a qué venía tanto trajín y tanto misterio. El maestro me miraba con ojo escrutador, y luego se iba a su bloc y dibujaba algo. De pronto me di cuenta: estaba intentando emular a ese italiano, Andrea del Sarto. No pude evitar echarme a reír: supongo que había empezado a hacer un bosquejo mío animado por el consejo de su amigo. Yo ya había dormido bastante, y tenía unas ganas tremendas de bostezar y de desperezarme; pero como veía al maestro entregado con tanta seriedad a su trabajo, no tuve el valor de moverme. Así que me sumergí en el aburrimiento con gran resignación. Un rato después, una vez terminó de trazar mi silueta, el maestro empezó con mi cabeza. He de reconocer que algunos gatos son auténticas obras de arte. Aun así, no tengo más remedio que confesar que yo no soy lo que se dice una pieza de coleccionista. Sinceramente, no creo que mi cuerpo o mi pelaje o mis facciones sean muy diferentes a los del resto de gatos vulgares y corrientes que en el mundo han sido. Pero, a pesar de todo lo pedestre y prosaico que pudiera ser mi aspecto, pronto comprobé que no existía ni el más mínimo parecido entre mi humilde persona y esa cosa tan extraña que el señor estaba